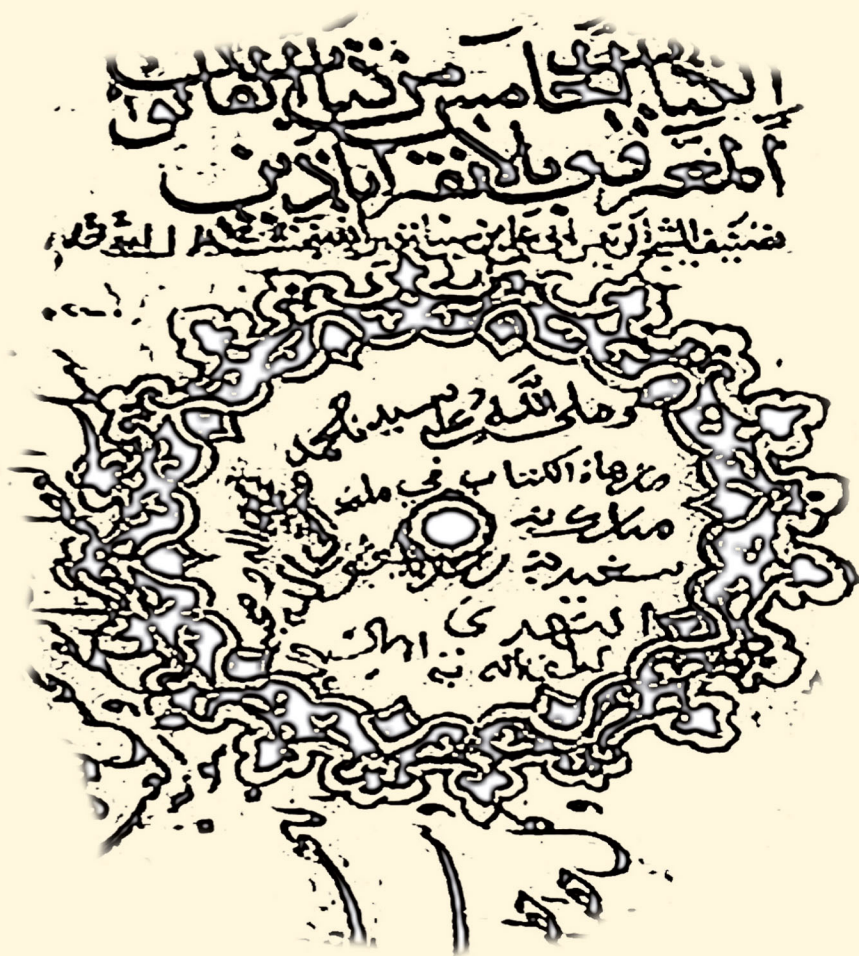


RAÚL ROMERO BARTOLOMÉ



HASDAY, EL "HAGIB" DEL CALIFA

BREVE HISTORIA DE LOS JUDÍOS DE SEPHARAD HASTA EL SIGLO X

Hasday, el “hagib” del Califa

**Breve historia de los judíos de Sepharad
hasta el siglo X**



HASDAY, EL “HAGIB” DEL CALIFA.

© Raúl RomeroBartolomé.

e-mail: romeroycia@telefonica.net

© Grupo Editor Vision Net

C/ San Ildefonso, 17, local

28012 Madrid (España)

Tel.: 0034 91 311 76 96

url: www.visionlibros.com

Registro de la Propiedad Intelectual N° M-005473/2007

ISBN: 978-84-9821-823-7

Producido por Grupo Editor Vision Net.

C/ San Ildefonso, 17, local, 28012 Madrid (España)

Dibujo de portada: Pilar Jodra Tarancón

Maquetación: P. Soler.

Impreso en España

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Raúl Romero Bartolomé

Hasday, el “hagib” del Califa

**Breve historia de los judíos de Sepharad
hasta el siglo X**



Índice

	<i>Páginas</i>
Introducción	9
El encuentro de las dos culturas: la influencia judía	13
La presencia árabe en el oriente romano-bizantino hasta el siglo VII	19
La sucesión de Mahoma y la dinastía de los omeyas	27
La historia del pueblo judío en España hasta el año 711	
• Hasta las invasiones de los pueblos germánicos en 409 .	33
• Durante el periodo visigodo, hasta la invasión árabe de 711	47
– La etapa arriana de la monarquía visigoda	47
– La etapa católica de la monarquía visigoda	63
La historia del pueblo judío en el mundo musulmán	
• En el periodo previo a la invasión (628-711).....	71
• Desde la invasión en 711, hasta la llegada al poder de Abd al Ramhán III en 912	73
La gestación de una gran cultura, admirada y envidiada por el mundo entero	
• Durante el emirato, hasta la caída de Umar ibn Hafsún .	107
• El teatro de operaciones del Mediterráneo	118
• Europa hasta el año 1000	132
• Los judíos en el siglo IX	136
• Las ciudades andalusíes de los siglos IX y X	143
El Califa	
• De su niñez en Palacio	155
• Las luchas intestinas hasta su ascenso al trono en 912 ..	158
• La amenaza cristiana del Norte hasta 912	162
• La compleja situación del Mediterráneo hasta 912	163
• La proclamación como emir	167
• Las primeras campañas del Norte del emir Abd al Rahmán III.....	174

Abu Yusuf Hasday ben Isaac ibn Schaprut

• La infancia de Hasday en Al Yayyán	179
• La formación superior de Hasday	186
• Nacimiento del Califato de Córdoba	187
• La evolución de la situación en el Mediterráneo a partir de la proclamación del Califato	190
• La nueva nación castellana	192
• La definitiva implicación mediterránea del Califa de Córdoba	197
• Comienza la construcción de la magnífica ciudad de Madinat al-Zahra	199
• El desastre de Simancas en 939	201
• Abd al Rahmán III conoce a Hasday	206
• Hasday se estrena en tareas políticas	212
• La primera embajada bizantina en Al-Andalus	217
• Hasday, Jefe de Aduanas del Califato	222
• La fama de Hasday traspasa fronteras	227
• Hasday, Secretario de Cartas Latinas	231
• La segunda embajada bizantina	234
• La Escuela Talmúdica de Córdoba	238
• Enfrentamiento con Otón I, rey germano	242
• Las vicisitudes de los reinos cristianos del Norte a partir del año 950	248
• El conflicto en el Mediterráneo en torno a 950	254
• La corte de Abd al Rahmán III	260
• El nacimiento de un nuevo poder en Europa: el Sacro Imperio Romano Germánico	264
• Hasday, arquitecto de la ansiada Sepharad.	268
• La singular correspondencia con el rey de los jázaros ...	271
• Muerte de Hasday	278
• Ocaso de Al Andalus	279
Bibliografía	287

INTRODUCCIÓN

Con la figura señera de este judío universal como colofón, el presente relato da un repaso breve a los avatares de su pueblo, hasta el momento histórico en que Sefarad se convierte en el anhelo más profundo de todos los judíos de la Diáspora.

Intentaré una aproximación a aquella edad de una forma sencilla y somera, rigurosa, aunque breve y nada academicista, pues no es el objeto principal del presente trabajo.

Lo realmente hermoso es la pequeña biografía novelada de Hasday.

De Abu Yusuf Hasday ben Isaac ibn Schaprut, aquel judío español que fuera “*hagib*”¹ de Abd al Rahmán III, fundador del extraordinario califato de Qurtuba (Córdoba), una ciudad que en poco más de cien años (850-976) reunió en torno a sí, y puso a disposición del mundo cristiano de Occidente todo el saber reunido hasta entonces, gracias a la imponderable labor llevada a cabo por el emir Abd al Rhamán II primero, Hasday después, y el príncipe Al Hakem, un hombre preso de un amor desmedido por la cultura.

El Califa Al Hakem II creó una inmensa biblioteca desde sus tiempos de príncipe, donde funcionaba un extraordinario taller de copistas, encuadernadores y miniaturistas. Con la ayuda de Hasday, mandó agentes para ojear y comprar libros en El Cairo, Bagdad,

¹ Canciller y Chambelán. Persona situada al frente de la casa real, que controlaba la chancillería, la hacienda y los principales servicios administrativos de la corte.

Damasco y Alejandría; y desde la biblioteca, subvencionaba a escritores y estudiosos de Al-Andalus y de todo el mundo.

Hablaremos también, cómo no, de Abd al-Rahmán III, una personalidad venerada en el mundo islámico siempre que se pronuncia la palabra “*Al-Andalus*”, el “*paraíso sobre la tierra*” que durante más de tres siglos (716-1031) constituyó el “*sueño dorado de la Historia Universal*”. Un andalusí universal, y la más preeminente figura histórica de Al-Andalus.

Y de Qurtuba, la “*ciudad de ciudades*”, la “*joya resplandeciente*”, la ciudad mas hermosa y rica del mundo, el cosmopolita lugar a orillas del Guadalquivir que a mediados del siglo X alojaba a medio millón de personas en los veintiocho suburbios que la arropaban, cuando ninguna ciudad en Europa, a excepción de Constantinopla, superaba difícilmente las treinta mil almas.

En este reino fue posible reunir los más preciados tesoros de la Antigüedad, a partir de mediados del siglo IX.

Una cantidad ingente de conocimientos de filosofía, ciencias naturales, medicina, astronomía, matemáticas, poesía, prosa y ciencias exactas, que estaba a punto de perderse para siempre.

La cultura occidental debe su resurgimiento al impulso inicial de Abd al Rhamán II, y su consolidación a personajes como Hasday, Al Hakem II y los intelectuales reunidos dos siglos después por Alfonso X el Sabio en la Escuela de Traductores de Toledo.

Hasday ben Isaac ibn Schaprut nació en Madinat-al-Yayyan (Jaén) en el año 910 (otros autores lo sitúan en 915) y fue un extraordinario médico, farmacólogo y astrónomo, políglota, poseedor de una gran cultura y excelente administrador. El hombre más influyente del gran Califa de Córdoba, cuyo prestigio fue enorme, y cuyas hazañas se cantaron en multitud de poesías, como ésta de Dunash ben Labrat:

*Compongo un poema de alabanza
en honor del Príncipe, jefe de la Chancillería,
que destruyó totalmente las fuerzas extranjeras.*

*Está ceñido de gloria y majestad
revestido de la ayuda divina.
A los insolentes arrebató diez fortalezas,
e hizo una gran poda
entre cardos y espinos.
Trajo al hijo de Ramiro,
a príncipes y sacerdotes.
A un señor, caballero y rey,
lo trajo como un peón,
.....,
con la fuerza de su sabiduría
con el poder de sus argucias,
con la multitud de sus estratagemas,
con la dulzura de sus palabras.*

Antes de profundizar en la biografía de este singular personaje, es necesario dedicar varios capítulos a situar el contexto histórico que le tocó vivir. Y comenzar por el origen de lo que puede suponer una sorpresa para algunos lectores: la numerosa presencia de judíos en el entorno árabe de la España califal, en puestos de elevado rango y responsabilidad.

Haciendo un repaso histórico, los judíos ya estaban presentes en la Hispania romana incluso antes de la destrucción del templo de Jerusalén. Tras la conquista de Judea en el año 62 a.C., el Imperio romano favoreció la diáspora de un pueblo muy beligerante, formando parte, en gran número, del contingente de esclavos de los principales funcionarios romanos de Judea, que arraigaron después en Hispania. Por supuesto, tras la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 d.C.

Pero no obstante aquellas primeras oleadas, los judíos llegarán masivamente a la Península Ibérica acompañando confiadamente a los musulmanes.

En la Península Arábiga eran respetados, y estaban totalmente integrados en su sociedad.

Y el hecho de llegar a puestos del mas alto rango en el califato, no es sino consecuencia del talante liberal y abierto de los sucesivos emires, siempre dispuestos a fortalecer su espíritu, e inundarlo de los conocimientos más avanzados que aportaban todos aquellos que a su reino llegaban, sobre todo si de Alepo, Damasco o Bagdad se trataba.

No olvidemos que la segunda oleada de árabes llegados a la Península se produce como consecuencia de un “*exilio*” forzado (la destrucción del califato omeya en Damasco), algo a lo que estaban muy acostumbrados los judíos, y que no supuso para ellos un drama distinto del vivido en ocasiones anteriores.

EL ENCUENTRO DE LAS DOS CULTURAS: LA INFLUENCIA JUDÍA

La historia sagrada confirmará la proximidad entre las dos culturas, árabe y judía, tras la aparición a Mahoma del arcángel San Gabriel, a quien revelará que Abraham, casado con Sara, tuvo un hijo, Isaac, cuya descendencia legitima al pueblo judío de acuerdo con los textos sagrados.

Pero Abraham, tuvo otro hijo, Ismail (Ismael), de Agar, una esclava egipcia de su mujer Sara.

Al nacer Ismail, Abraham despreció a su mujer, que era estéril, y aquello la indujo a expulsar de su tienda a Agar y a su hijo, que en adelante vivirá como cazador en el desierto de Parán, adquiriendo fama de gran arquero (Gen. 16-25).

Muchos siglos después, Mahoma asegurará que los árabes descienden de Ismail, que construyó la Kaaba en La Meca junto a su padre Abraham, y lugar donde se muestra su tumba.

Y de la misma forma que los judíos, Mahoma conseguirá para su pueblo su legitimación histórica en base a los libros sagrados. Una “*alianza*” que les enfrentará durante siglos, en conjunto o por separado, a los cristianos.

Un hecho histórico crucial en el pueblo judío dará origen a la gran diáspora de la nueva era.

Entre los años 67 y 71 d.C. se desarrollará la gran guerra de Judea contra Roma.

Vespasiano en persona, con dos legiones, numerosas tropas de reserva y abundante material bélico, llega a Ptolemaida en el año 67.

Por si esto fuera poco, su hijo Tito, desde Egipto, le enviará por mar una tercera legión.

Los zelotes (jefes judíos levantados en armas) Simón Bar-Ghiora y Eleazar ben Simón escribirán unos años después una de las más gloriosas páginas de la heroica lucha de la pequeña nación judía contra los señores del mundo, según se narra en la apología judía.

Mientras tanto, en el año 68 muere Nerón, y Vespasiano es elegido emperador. Regresará a Roma, y será su hijo Tito quien conquistará y destruirá Jerusalén el 9 de agosto del año 70.

Tras sangrientas batallas, Tito pudo penetrar por fin en el Templo de Jerusalén, pasando por encima de montañas de cadáveres y escombros. E inmediatamente después, una antorcha encendida lo destruyó, quedando convertido en un montón de cenizas.

Medio millón de judíos habían muerto y unos noventa mil habían sido hechos prisioneros cuando acabó la guerra.

Simón Bar-Ghiora es trasladado a Roma entre los prisioneros, será torturado sin piedad, y con una soga al cuello, arrastrado hasta la Roca Tarpeya donde lo lanzarán al vacío.

Pero una plaza en el borde del mar Muerto, Masada, todavía resistirá sitiada a los romanos hasta el año 73. Dirige la resistencia Eleazar ben Fair, y las antorchas encendidas lanzadas desde el exterior reducirán la fortaleza a escombros.

Eleazar convoca a toda la población y les arenga de este modo:

“¡Nuestras mujeres deben morir sin haber sido ultrajadas, y nuestros hijos sin haber conocido la esclavitud! ¡Sea nuestra mortaja la alabanza que dirán de nosotros: No se dejaron robar la libertad!”

Cuando entraron los romanos, fueron recibidos por novecientos sesenta muertos entre hombres, mujeres y niños.

Y dará comienzo la gran diáspora, que se dirige al sur y al este.

A pesar de esta apología patriótica del pueblo judío, digna de mención especial y del respeto debido como héroes de su pueblo,

debemos situar los hechos en una dimensión histórica y social que ayude a explicar también el "odio" al pueblo judío que sobrevendrá después.

Para empezar, las guerras entabladas por Roma hasta entonces (contra Cartago, p.e.) lo habían sido por motivos estratégicos militares, pero nunca se había visto obligada a someter militarmente a un pueblo "ocupado", salvo contadas anécdotas.

Antes al contrario, la permisividad religiosa de Roma era total, la aceptación y la permeabilidad de los romanos al arte y la cultura de los pueblos conquistados (p.e. Grecia) era espontánea y natural, y aquellas ocupaciones, hasta la guerra de Judea, fueron más o menos incruentas, si exceptuamos algunos episodios aislados en Britania o Hispania (Numancia).

La integración en su sistema jurídico y social de todos los pueblos de Occidente por donde pasó fue completa, porque la "*pax romana*" era el modelo más avanzado de organización social conocido hasta entonces. Tanto es así, que al sucumbir ante el empuje de los pueblos bárbaros, todos ellos quisieron mantener y sostener el modelo romano para su propia organización interna.

Pero no fue así en la frontera oriental, y nada de esto se consiguió con los judíos, un pueblo muy especial.

Cualquiera de nosotros, cuando nacemos, tan solo venimos a este mundo. Un judío, por el contrario, viene a este mundo para residir en el pueblo elegido por Dios.

Esta "exclusión" fundamental desde el nacimiento de todo lo que no es judío estará siempre delimitando su comportamiento social y el difícil caminar de este pueblo por los senderos de la historia, buscando siempre la cohesión como forma de superar las adversidades, originadas en muchas ocasiones por un comportamiento social autoexcluyente, aunque sea este un punto de vista muy personal pero profundamente respetuoso con el pueblo judío.

Volviendo al episodio de la guerra contra Roma, incluso las comunidades que anteriormente se dispersaron por Egipto, Norte de África, Hispania, Libia o Siria, sufrirán las consecuencias de

aquella catástrofe, y vivirán como esclavos la suerte que en adelante le toque al Imperio romano.

Sólo a un pequeño grupo de judíos les estaba reservado otro destino.

Desde la región oriental del Jordán, su camino de huida les conducirá a Arabia, en el Hedjaz.

Y durante mucho tiempo no se sabrá nada de ellos, pero a sus descendientes les estaba reservado un papel importante a partir del siglo VII, cuando en el oasis de Jathrib, en Medina, nació el Islam.

Andando el tiempo, y por las mismas razones que los judíos, además de otras de índole comercial, muchos cristianos llegarán también a La Meca, amalgama de culturas en el siglo VII.

El politeísmo de la Península Arábiga, practicado por las diferentes tribus antes del Islam, reconocía el carácter sagrado de ciertas piedras, fuentes, árboles, etc. para cada tribu, que eran respetadas por todas las demás.

De hecho, todos admitían la existencia de dioses, cuya autoridad sobrepasaba los límites de cada tribu.

Y con el paso de los siglos, uno de estos dioses, Alá, será el más respetado e importante de todos ellos.

Pero no se había precisado adecuadamente su carácter divino, y así, a comienzos del siglo VII, este primitivismo religioso santificador de santuarios locales se enriqueció poco a poco en La Meca, lugar donde confluían las influencias cristianas y judías, que serán determinantes en el origen del Islam.

Y serán las comunidades de estas religiones, y el contacto de los mercaderes árabes con los habitantes de Persia, Siria o Palestina, quienes facilitarán la introducción del Islam.

Aquellos mercaderes confirmarán muchos datos aportados por los judíos, y sobre todo por los cristianos, mucho menos numerosos pero más insolentes defendiendo sus postulados, por cuanto terminaban despreciando a los judíos como instigadores de la crucifixión.

Todas estas influencias se reunirán en La Meca, donde muchas tribus árabes adoraban la famosa "*pedra negra*".

Y fue a través de este culto, cada vez más generalizado, como Mahoma prolongó la dimensión histórica de su pueblo, insertándolo en la historia de la salvación descrita en los libros sagrados judíos.

La gran influencia que estos libros ejercieron en el nacimiento del Islam fue, pues, extraordinaria.

Mahoma (570-632) nació en La Meca en el seno de la tribu de los coreichitas, casó con Khadija, y tuvo una hija. Y aunque casó otras muchas veces después, todos los descendientes de Mahoma lo son de esta hija única, Fátima.

El día 16 de julio de 622, Mahoma inicia su famosa hégira a Medina, y plasmará en el Corán el contenido del nuevo credo.

Debajo de todas las divergencias y controversias que ha presentado el texto, que ha sido objeto de sucesivas precisiones a través de los siglos, en él podemos encontrar el núcleo central del discurso islámico:

Dios, creador del mundo y de todo lo que vive y se mueve sobre la Tierra, gobierna el Universo y dirige a los hombres según su voluntad.

Alá, Dios único y personal, es señor de cada criatura, a la que hace sentir sus tres poderes esenciales: omnipotencia, omnisciencia y clemencia.

A El se debe rendir todo culto, y de El hay que temer el juicio final, donde cualquier acción humana quedará sentenciada por el premio o el castigo, el paraíso o el infierno, al que llegará cada hombre después de su resurrección.

En su clemencia, Alá, al que sirven los ángeles hechos de luz, y contra quienes lucharon los demonios hechos de fuego, no ha abandonado al hombre. Le ha dado la revelación, que le permite seguir el camino recto de la virtud, y está dispuesto a perdonarlo si se extravía.

El príncipe de los demonios tiene poder para seducir a los humanos, pero Alá, que concluye un pacto con los hijos de Adán, les

ayuda a mantenerse en la vía de la salvación enviando mensajeros con revelaciones sucesivas. Noé, Abraham, Lot, Elías, Eliseo o Jesús fueron algunos de los profetas del Señor a quienes la humanidad, infiel o presuntuosa, no quiso reconocer.

Mahoma es el último de estos mensajeros suscitados por Dios para la conversión de los hombres. Y su testimonio supera y completa el de los profetas anteriores.

En adelante, será El Profeta.

LA PRESENCIA ÁRABE EN EL ORIENTE ROMANO-BIZANTINO HASTA EL SIGLO VII d.C.

Los árabes se engloban dentro de la gran familia de los semitas, conjunto de pueblos procedentes de la Península Arábiga, que se expandieron por todo Oriente Próximo desde la más remota Antigüedad.

Estos pueblos hablaban una serie de lenguas muy emparentadas entre sí (como ocurre con las latinas), pertenecientes a lo que se conoce como el tronco indoeuropeo.

Así pues, la confusión de lenguas en este escenario histórico-político es muy notable desde tiempos muy remotos, y prescindiendo de las orientales y meridionales, a la historia interesa referirme únicamente a las septentrionales más importantes: las lenguas cananeas (hebreo, fenicio y púnico, entre otros) y el arameo.

Las tribus nómadas arameas aparecen ya en la historia desde muy temprano, a fines del siglo XIV a.C., aunque su periodo álgido no se alcanzó hasta el XI a.C.

Su importancia en la historia del Próximo Oriente fue fundamental, tanto desde el punto de vista político como cultural. El arameo se expandió rápidamente, y en el siglo VI a.C. era la lengua franca del imperio persa, desde Afganistán a Egipto, perdurando, a través de distintos dialectos, hasta la adopción del árabe. Dialectos vinculados al arameo occidental o sirio-palestino por una parte (entre ellos el nabateo), y los vinculados al arameo oriental o mesopotámico.

El correr de los tiempos y las necesidades del comercio de los pueblos mercaderes, consiguieron que el nabateo fuese impres-

cindible para las tribus de la Península Arábiga, hasta el punto de que la actual escritura árabe deriva del nabateo, un dialecto del arameo.

Las conquistas de Alejandro Magno y el consiguiente establecimiento de monarquías helenísticas, no hizo variar el contexto cultural de la población del Próximo Oriente: la gran mayoría de la población campesina se expresaba en arameo o en idiomas pertenecientes al mismo tronco lingüístico, quedando el griego limitado a una pequeña élite que residía en las ciudades o en sus cercanías.

Un inmenso mar, pues, de lenguas semitas, lo que no significa que no asimilaran también el griego y su cultura, en los cada vez más frecuentes contactos con la Administración.

El griego era la lengua de las ciudades, de los funcionarios imperiales, de los grandes comerciantes, del ejército, de los terratenientes, de la jerarquía eclesiástica, y en general, de las gentes educadas. Y esta situación se mantuvo durante el Imperio romano, unificado primero, y Bizantino después.

De esta forma, y contra lo que suele creerse, la lengua hablada por los judíos de Palestina en el siglo I d.C. era el arameo, quedando relegado el hebreo para las ceremonias religiosas.

Pero las similitudes fonéticas y lingüísticas de todas estas lenguas es muy importante: así, la palabra hebrea “*shalom*” y la árabe “*salam*” (paz), o el siríaco “*ab*” y el árabe “*ab*” (padre), o la palabra aramea “*Alah*”, prácticamente idéntica a la árabe “*Allah*” (ambas significan “*Dios*”).

He aquí, pues, un aspecto fundamental para entender la especial “*comuni3n*” que existió siempre (hasta mediados del siglo XX, y por otras razones) entre árabes y judíos.

Una de las grandes crisis que sufrió el helenismo antes de la irrupción del Islam, fue la serie de devastadoras epidemias de peste que se sucedieron en el imperio bizantino desde mediados del siglo VI, y hasta el mismo momento de su derrota definitiva en

Oriente Próximo (año 636). Especialmente duras las acaecidas en Siria en 614, 628 y 637.

Después de la peste sobrevénía una gran hambruna, y en total se calcula que en cien años murió un cuarto de la población del imperio bizantino (unos 6 millones de muertos).

A los catastróficos efectos demográficos que las epidemias y las hambrunas tuvieron en las ciudades orientales, hay que sumar la devastación ocasionada por la invasión persa de comienzos del siglo VII. Según las crónicas, sólo el saqueo y toma de Jerusalén por los persas en el año 614, tuvo un coste de miles de muertos.

Bizancio estaba tan exhausto, que no pudo frenar la irrupción árabe. Será esta debilidad un factor que los árabes se irán encontrando a lo largo y ancho de su expansión por el mundo entero, y que justifica en gran medida las rápidas conquistas que siguieron. Se trata de un dato muy significativo, como veremos en diferentes partes de este libro, para desmitificar a los árabes como "*grandes guerreros*".

Cuatro años después de la muerte del profeta, en el año 636, las tropas del Califa Omar derrotaron a los bizantinos en el río Yarmuk, en la actual Siria, y los musulmanes se convirtieron en los nuevos gobernantes de Palestina.

Después de aquella derrota, el imperio bizantino tomó conciencia de lo cerca que estaba de la desaparición, con los terribles problemas que tenían en su reducido territorio de fin del siglo VII, donde búlgaros y eslavos solo agregaban más y más leña al fuego, y las guerras civiles comenzaban a ser un problema sin solución.

Pero no cabe duda de que uno de los hechos fundamentales de la historia de la humanidad, fue la aparición y expansión del Islam en el siglo VII de nuestra era.

Se trata de un fenómeno que algunos autores poco rigurosos tratan de "*sorprendente*", pues en los escasos veinte años que mediaron entre la muerte de Mahoma (632 d.C.) y la del último emperador persa, Yazdayird III (651), se construyó un imperio Islámico que abarcaba desde el desierto de la Cirenaica al oeste, las

cadenas montañosas de Anatolia y el Cáucaso al norte, y el Asia central al noreste.

Pero más importante aun que esa vertiginosa expansión espacial, es el hecho de su permanencia en el tiempo y la aceptación que el nuevo dominio encontró entre las poblaciones sometidas.

La explicación es la siguiente:

Todas las invasiones anteriores dejaron una estela de muerte y devastación (sin olvidar las secuelas de la peste), y la mayor parte de la población cristiana de estas provincias, exhausta, acató a los nuevos señores sin excesivas discusiones y, lo que es más, en relativamente poco tiempo asimiló su idioma, cultura y religión.

Ni siquiera aquellos que permanecieron fieles a la fe de sus mayores parecieron añorar a los emperadores ortodoxos de Constantinopla (al menos mientras los musulmanes se mostraron tolerantes), porque los tributos a los que estaban sometidos para sostener guerras fantásticas, eran imposibles de obtener en aquel tiempo.

Pero es que, además, hay otro hecho relevante que no podemos obviar. De la misma forma que la diáspora judía llegó a las mesetas central y meridional de la península arábiga tras la destrucción del templo en el año 70, eran muchos los pueblos de ascendencia árabe que vivían dentro de los imperios romano y sasánida con anterioridad al siglo VII, y que vieron con buenos ojos la invasión de las tribus del sur.

Muchos de estos pueblos fueron asimilados por la civilización grecorromana, y otros, que se mantenían fieles a la tradicional forma de vida nómada de sus ancestros, se expresaban en árabe, y seguían practicando ritos paganos o bien se habían convertido al judaísmo o al cristianismo.

Buena parte de los habitantes de la ciudad de Palmira eran árabes, como lo eran los miembros de la tribu osroeni de Edesa, los temela del noroeste de Siria, los idumeos del sur de Palestina, las tribus del Sinaí o los constructores de Petra, los poderosos nabateos.

Los romanos reclutaron a muchos de ellos para servir en los ejércitos imperiales. Incluso hubo un general romano de origen

árabe que alcanzó la cima del poder imperial: Marco Julio Filipo, más conocido como Filipo el Árabe (244-249 d.C.).

Los nabateos no sólo combatieron como aliados de Roma en muchas ocasiones, sino que también colaboraron en la defensa de la frontera oriental y en el aplastamiento de revueltas dentro del territorio romano.

La necesidad de controlar las rutas comerciales llevó a los nabateos a desarrollar un sistema de carreteras, de comunicaciones, de puestos de vigilancia, de depósitos de mercancías y de colonias agrícolas, que tenían poco que envidiar a sus equivalentes romanos. Petra era una ciudad fantástica.

Especializados como arqueros a caballo y como infantería montada sobre camellos, sus tácticas de combate mostraban la influencia parta, aunque algunas tribus se mostraran poco a poco influidas por las técnicas militares helenísticas y romanas. Se sabe que eran capaces de poner sobre el campo de batalla una fuerza de 1.000 jinetes y 5.000 infantes encuadrados.

Ante tamaño poderío, no es extraño que las relaciones entre romanos y nabateos se deteriorasen y los primeros optasen finalmente por anexionar el reino nabateo a su imperio en el año 106 d.C.

A partir de aquí, el papel militar que los romanos asignarán a sus aliados árabes será el de servir de fuerza auxiliar de las legiones, de vigilancia de las rutas comerciales y de instrumento con el que extender la influencia y autoridad romana en el interior de Arabia a través de la sumisión de sus tribus a esos aliados.

Con la sustitución del imperio de los partos por el de los sasánidas (224-651 d.C.), la importancia militar de los aliados árabes creció a los ojos de los romanos. Y sería en este contexto cuando surgiría el más importante estado-cliente de la frontera siria en el siglo III: Palmira.

Hacia el año 266, Odenato II de Palmira, tras vencer repetidamente a los persas, dominaba Siria, Mesopotamia, Cilicia, Arabia, Capadocia y parte de Armenia. Pero a su muerte, su viuda Zenobia

(de origen greco-árabe) se atrevió a dar un salto en el vacío e independizarse de Roma.

Y aunque los ejércitos de Palmira pusieron las cosas bastante difíciles a las legiones romanas, finalmente fueron derrotados.

Y precisamente tras la caída de Palmira, comenzó a extenderse en occidente el uso de una palabra que ha llegado a nuestros días y que en un primer momento identificaba a las tribus nómadas árabes de su ejército: "*saraceni*" (sarracenos).

La gasánida era otra tribu del sur de Arabia que emigró al norte durante los siglos III y IV d.C., asentándose en la región en torno a Damasco.

Rápidamente cristianizada, en 502 se firmó un tratado (ratificado más tarde por Justino y por Justiniano) por el cual se encomendaba a esta tribu la defensa de la frontera imperial desde el Éufrates hasta el Golfo de Aqaba.

El reino gasánida contaba con unos recursos militares que no sólo le permitían hacerse cargo de la seguridad interior y fronteriza, sino incluso participar en las campañas bizantinas contra los persas. Así, sabemos que entre los 20.000 hombres que combatieron bajo las órdenes de Belisario en Calínico (531 d.C.), había nada menos que 5.000 gasánidas.

Además de sus funciones militares, los gasánidas fundaron numerosos pueblos y villas, palacetes, fuertes, mercados, iglesias y monasterios.

Continuarán combatiendo al lado de los bizantinos durante las campañas persas de Heraclio, y también estarán presentes en la defensa de Damasco frente a los musulmanes, en el año 635 (como dije anteriormente, muchos se habían cristianizado), y en la batalla de Yarmuk (636). Otros, no obstante, decidieron cambiar de bando.

La invasión sasánida de Siria (toma de Antioquía en 611), Palestina (Jerusalén en 614) y Egipto (conquista de Alejandría en 619) y su correlato de destrucciones y matanzas, desarticuló tam-

bién la administración imperial y el sistema defensivo, debilitando aún más la presencia del helenismo y el cristianismo ortodoxo en el Próximo Oriente.

Por otra parte, la política anticristiana persa afectó tanto a ortodoxos como a monofisitas (las diferencias doctrinales eran muy sutiles) y entre estos últimos se encontraban los árabes gasánidas.

Prueba de la dureza de la represión es el hecho de que, todavía hoy, es posible encontrar restos de las iglesias destruidas por los sasánidas en los campos de Siria.

La respuesta bizantina, de la mano del emperador Heraclio y con el apoyo espiritual y económico de la Iglesia, adquirió por primera vez en la historia las características de una guerra santa, cuando los sacerdotes cristianos animaban a los soldados, prometiéndoles que si caían en el campo de batalla se convertirían en mártires y obtendrían su recompensa en el Cielo.

Así pues, el origen de la "*jihad*" o guerra santa, está en los obispos bizantinos del Próximo Oriente. No fue una invención musulmana.

Muchos gasánidas acudieron a ese llamamiento a la guerra santa y en el año 620 se unieron al gran ejército con el que Heraclio golpearía el corazón del imperio sasánida entre 622 y 629.

La guerra contra Persia supuso la total movilización de los recursos de Bizancio en una guerra por la supervivencia.

Cualquier otra consideración era secundaria. El imperio cristiano necesitaba guerreros y si los árabes gasánidas eran buenos soldados, conocían el terreno y tenían una amplia experiencia frente a los sasánidas, ¿a quién le importaba que las fronteras del sur quedaran desprotegidas y abiertas a las razzias beduinas? Ya habría tiempo de ocuparse de eso.

Y así, mientras en Siria se sucedía la guerra abierta, en Arabia, Mahoma y sus seguidores se exiliaban en Medina (Hégira), dando inicio a una nueva era.

Y cuando el ejército de campaña bizantino —formado por griegos, sirios, mesopotámicos y armenios, según la descripción que de la batalla nos hace el cronista árabe al-Baladhuri (siglo IX)—,

se alineó frente a los musulmanes en Yarmuk el 20 de agosto de 636, no tenía enfrente una masa desordenada de fanatizados guerreros beduinos, sino una hueste organizada, al mando de oficiales y generales que pocos años antes habían combatido a su lado en tierras persas. Esta vez, la suerte será desfavorable a los bizantinos.

Llegados a este punto, la narración precisa avanzar por tres sendas diferentes, hasta reunir en España a árabes y judíos en el emirato independiente de Córdoba.

Estos caminos diferentes serán:

- a) la sucesión de Mahoma y la dinastía de los Omeyas, “*califas de Damasco*”, para proseguir el relato histórico con el mundo árabe.
- b) La historia del pueblo judío en España, hasta la invasión de la Península Ibérica en el año 711 por parte de los musulmanes.
- c) La historia del pueblo judío en el mundo musulmán de Al-Andalus —Sefarad—.

LA SUCESIÓN DE MAHOMAY LA DINASTÍA DE LOS OMEYAS

La sucesión del Profeta abrió un periodo de luchas internas muy importante, que dio lugar a la perpetración de dos magnicios consecutivos, hasta que la dinastía omeya llegó al poder.

La lucha se entabló entre los partidarios de un estado teocrático, que exigían la legitimación en el poder de un sucesor de Mahoma, y los partidarios de la designación por elección o por herencia.

Y se llegó a esta división, por la trascendental decisión de nombrar a su sucesor con el término de *“califa”*, que viene a significar *“sucesor del enviado de Dios”*.

Con Abú Bakr, que tan sólo sobrevivió dos años al Profeta, se unieron en la misma persona tres situaciones distintas, a saber: un gran caudillo, suegro de Mahoma y heredero del legado religioso. Por tanto, cabeza de la congregación de creyentes.

Se trataba de un magnífico caudillo, elegido por los jefes de cada comunidad como se había hecho siempre, *“primero entre iguales”* con poderes ejecutivos y un gran ejército bajo su mando.

Pero Abú Bakr era a la vez suegro de Mahoma, y por tanto, legitimado también por herencia.

Sin embargo, Abú Bakr, el primer Califa, sólo disfrutó de este poder dos años, entre 632 y 634. A su muerte, fue elegido el primer gran guerrero musulmán, que en tan sólo diez años (634-644) conquistará Siria, gran parte de Persia y Palestina.

Omar, que quiere decir *“señor de los creyentes”*, instituido también con la autoridad de Califa, se consolidó como emperador teo-

crático, y tras las sucesivas conquistas, al jefe de las tropas de ocupación lo nombrará “*delegado*” del Califa en asuntos civiles, juez secular y cabeza del Islam en las zonas conquistadas.

Y en esta crucial decisión está el germen de futuras escisiones en el mundo islámico hasta nuestros días.

Esa forma embrionaria de afrontar la organización del imperio, creó y magnificó los problemas entre la aristocracia de La Meca (los omeyas, tardíos y poco convencidos conversos) y los defensores de la legitimidad de los sucesores directos del Profeta.

Omar murió asesinado, al parecer, por orden de los omeyas.

No obstante, entre 669 y 692 se construyó la mezquita de Jerusalén en el lugar donde según la tradición, Omar rezó por primera vez antes de la rendición de la ciudad, a la espalda del actual muro de las Lamentaciones, lugar tan sagrado para los musulmanes, como para los judíos.

Pero la construcción de aquel templo fue un vano intento de los omeyas para superar las diferencias irreconciliables que por aquellos años ya enfrentaban a los árabes, tras el magnicidio de Omar.

Y Otmán, yerno de Mahoma y tercer Califa árabe (644-656), careció siempre de la energía y la inteligencia necesaria para cumplir con su destino. Fue propuesto por la aristocracia de La Meca, y por eso nunca concitó la adhesión de los legitimistas, a pesar de su proximidad con el Profeta.

Otmán murió por rebeldes vinculados con Alí, primo y yerno de Mahoma, mientras rezaba confundido entre la multitud. Y por esta razón, y a partir de entonces, delante del mihrab de las mezquitas suele haber un espacio acotado por barandillas o arquerías —la *macsura*—, reservado solo al Jefe de Estado aislado de sus súbditos.

Y por fin parecía que quedó el camino despejado a los partidarios de Alí, facción que dio origen al chiísmo (etimológicamente, el término proviene de una expresión que quiere decir “*partido o facción de Alí*”). Pero será un espejismo.

Cuando Mahoma murió en el año 632, hubo quienes tomaron partido por Alí, primo y yerno del profeta, a quien consideraron el

único sucesor legítimo, ya que había sido la persona más próxima a Mahoma.

Y se negaron a reconocer a los elegidos para desempeñar el papel de califas o sucesores del profeta: Abu Bakr, Omar y Otmán.

Y tras la muerte de este último, Alí será finalmente elegido Califa.

Sin embargo, y acusado de haber instigado la muerte de su predecesor, su poder será contestado por Mu'awiya, gobernador de Siria y miembro de la familia de los Omeyas, iniciándose así una guerra civil entre ambas facciones.

No obstante, y cuando ambos líderes aceptaron someter sus diferencias al dictamen de un árbitro independiente en el campo de batalla de Siffin, de las filas de Alí surgirá la facción de los jariyíes, que no aceptarán el arbitraje, y asesinarán a Alí en el año 661, el mismo día que trataron de acabar también con Mu'awiya.

No acabarán aquí las intrigas. Los partidarios de Alí pusieron entonces las esperanzas en su hijo Hasán (que renunció al poder), y luego en Husain, que instigará una rebelión contra el poder omeya.

Su terrible muerte en el campo de batalla de Kerbala (Iraq) en el año 680, marcará el principio del cisma entre los chiíes y aquellos a quienes se llamará más tarde sunníes (sunna o tradición: conjunto de los hádices, que son dichos y hechos de Mahoma narrados por sus contemporáneos).

El destino trágico de Husain sacudió a una parte de los musulmanes y provocó su determinación de combatir hasta el fin por un ideal de poder considerado justo y respetuoso con los fundamentos del Islam primitivo. Su martirio, hito fundamental del chiísmo (que lo conmemora todos los años con procesiones de penitentes lacerantes) se ha convertido en símbolo de la lucha contra la injusticia.

Y los descendientes de Husain, dirigentes o imames de la comunidad, (dado el carácter hereditario atribuido por ésta facción a la sucesión), tuvieron todos un destino trágico de cárcel y muerte.

Todos, excepto el séptimo imam, Ismaíl, que desapareció y una parte de la comunidad consideró que se había ocultado por